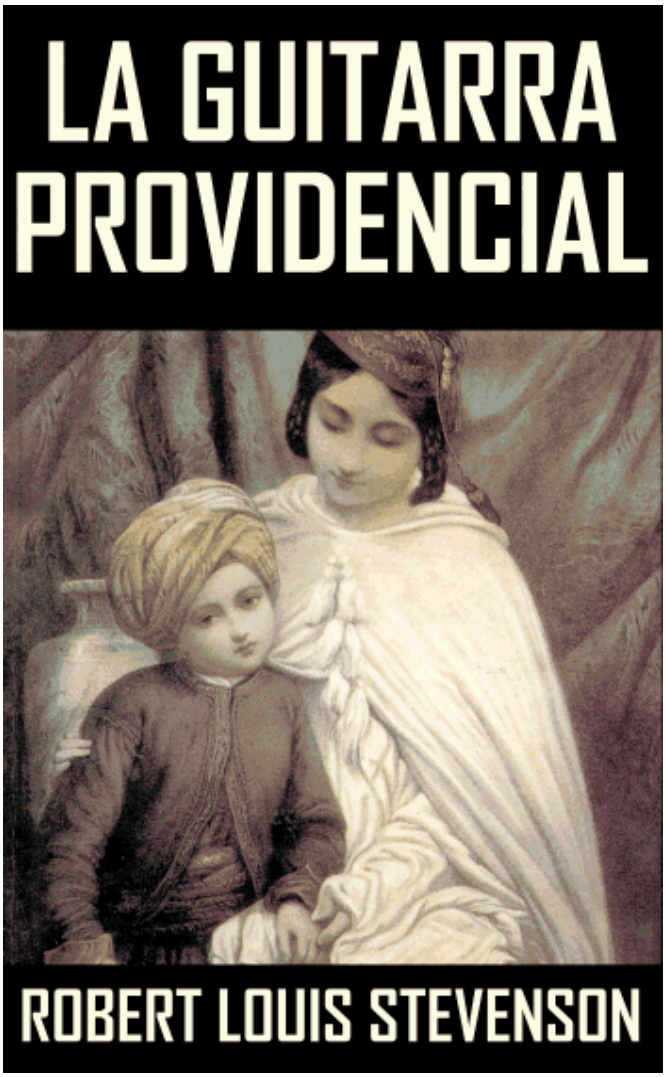
LA GUITARRA PROVIDENCIAL

ROBERT LOUIS STEVENSON



Digitalizado por LIBROdot.com
http://www.librodot.com

CAPÍTULO I

El señor León Berthelini cuidaba mucho su apariencia, a fin de adecuar su aspecto exterior a las necesidades del momento. Así es que en la época en que le presentamos, afectaba cierto aire caballeresco y aventurero con cierto dejo doméstico a lo Rembrandt. Era más bien bajo y con alguna inclinación a la obesidad; su rostro sonriente; y la parte más notable de él la constituían sus negros ojos en los que se reflejaba un corazón bondadoso, una naturaleza sana y el más infatigable buen humor. Si se hubiera vestido con las ropas usuales, le hubiérais tomado por un ejemplar híbrido, mezcla de barbero, hostelero y amable mancebo de botica; pero con la fantástica indumentaria de una chaqueta de terciopelo y sombrero de alas flotantes, calzones cortos y estrechos, pañuelo blanco anudado con descuido al cuello, abundantes bucles sobre la frente y los pies metidos en finísimos zapatos, desde luego llamaba la atención su originalidad, y comprendíais que os hallabais delante de un ser superior. Cuando se ponía gabán, no consentía en meterse las mangas; se lo sujetaba con un solo botón sobre los hombros, y echando a la espalda el resto como si fuera una capa, lo llevaba con la gracia de un Almaviva. En mi opinión es que el señor Berthelini se acercaba a los cuarenta. Pero tenía un corazón joven y marchaba a través de la vida como un niño en perpetua representación teatral. Si no era el mismo Almaviva, no era por falta de querer parecerlo; y en justa compensación os puedo añadir que si no era Almaviva era tan feliz como si lo fuese.

Le he visto algunas veces en momentos en que creía encontrarse a solas y sin testigos adoptar unas posturas tan caballerescas para desempeñar bien su papel y emplear en esto tanto fuego y entusiasmo, que la ilusión era completa y yo mismo llegaba a creer de verdad las afectaciones del gran hombre. Desgraciadamente la vida no sólo se compone de privadas representaciones; no es posible vivir de hacer el Almaviva por la calle; y el gran hombre, después de varias tentativas desgraciadas en distintos géneros del arte, acabó por verse obligado a descender de sus alturas cada noche y cantar seis u ocho canciones, tocar la guitarra, decir un monólogo cómico y presidir por último los misterios de una tómbola.

La señora Berthelini que compartía con él estas tareas sin gloria, ocupaba quizás un sitio más alto en la escala social de los seres, y tenía más dignidad y menos afectación. Su corazón no era mejor porque eso era imposible, y todo su rostro estaba bañado por una melancolía muy atractiva pero menos regocijante que el sempiterno buen humor que resplandecía en el de su esposo.

Nuestro héroe volaba como una cometa empujada por el viento sobre todas las miserias y convencionalismos terrenales. Algunas ráfagas de cólera atravesaban, a veces, las zonas en que viajaba, pero las nieblas persistentes o las tempestades de lágrimas le eran igualmente desconocidas. Un golpe bien aplicado sobre una mesa, seguido de una actitud robada a Melisne o a Frederic, bastaban para calmar su irritación. Aunque se hubiese caído el Cielo, si él hubiera podido expresar con su actitud la grandeza de la catástrofe, se habría declarado satisfecho.

Su esposa, aunque no seguía su ejemplo, no dejaba de contagiarse algo por la atmósfera que envolvía a este notable personaje. Por lo demás, los dos esposos se idolatraban, y aun pareciendo que viajaban en distintos mundos, no habían dejado de caminar siempre de la mano.

Sucedió un día en que el señor Berthelini y su esposa descendieron, acompañados de dos mundos y una caja con la guitarra, en la estación de la pequeña ciudad de Castel-le-Gâchis, y el ómnibus los llevó a ellos y su equipaje al hotel de la Cabeza Negra. Éste era un edificio

conventual y sombrío, capaz de resistir un sitio una vez cerradas sus puertas, y con un extraño olor en su interior mezcla de fresa, chocolate y perfumes descompuestos.

Berthelini se detuvo en el zaguán. Tenía una reminiscencia de que en algún otro sitio anteriormente visitado había olido igual y había sido muy mal recibido.

El hostelero, un hombre de aspecto triste, se levantó de la mesa en que escribía debajo de los manojos de llaves y se adelantó hacia los recién llegados quitándose el sombrero al mismo tiempo.

-¡Caballero, se os saluda! ¿Puedo permitirme preguntar cuál es vuestro precio para artistas?

-¿Para artistas? -repitió el hostelero y decayó su semblante, desapareció la sonrisa de bienvenida y se encasquetó el sombrero-. ¡Oh, artistas! Cuatro francos diarios. -Y volvió la espalda a los insignificantes huéspedes.

Un viajante de comercio también tiene tarifa aparte, pero es bien recibido y puede discutir las viandas. Pero un artista aunque tenga las maneras de Almansa y vaya vestido como Salomón en toda su gloria, es recibido como un perro y se cuidan de él como de una señora tímida que viaja sola.

A pesar de lo acostumbrado que estaba Berthelini a los escollos de su profesión, no le gustó nada la grosera acogida del hostelero.

-Elvira -dijo a su esposa- acuérdate bien de mí: Castel-le-Gâchis nos será fatal en nuestra gloriosa carrera. -Aguarda a ver cómo caemos -contestó la esposa. -Caeremos de cabeza -replicó el artista-, nos pagarán con insultos. Ya sabes, Elvira, esposa mía, que tengo el don de adivinar lo futuro. El hostelero ha sido descortés; el comisario será un buitre y el público soez y avaro; y tú seguramente cogerás unas anginas. Hemos sido lo bastante necios para venir; la suerte está echada, pero será un segundo Sedán.

Sedán era una ciudad aborrecible para los Berthelini, no solamente por patriotismo (pues eran franceses, y su verdadero nombre era el algo vulgar de Durand), sino porque guardaban de ella malísimos recuerdos. Allí habían estado tres semanas detenidos sin poder marchar ni pagar la cuenta del hotel; y, a no ser por un caso fortuito, allí estarían todavía. Nombrar a Sedán delante de estos modestos artistas era condensar en uno los efectos del terremoto de la inundación y del eclipse. El Conde de Almaviva se encajó el sombrero con un gesto que indicaba la desesperación; y hasta su esposa empezó a temer la mala influencia de aquellos lugares.

-Pidamos el almuerzo -dijo ella con su tono de mujer práctica.

El comisario de policía de Castel-le-Gâchis era un comisario muy corpulento, purpúreo y sujeto a una perpetua transpiración facial. A propósito he repetido el nombre de su cargo porque era mucho más comisario que hombre. Estaba poseído del espíritu de su dignidad y pasaba por la vida como si ésta fuese un acto oficial. Cuando insultaba a un pacífico ciudadano le parecía que defendía al gobierno, y a falta de dignidad era brutal en el excesivo celo con que cumplía sus funciones. La comisaría era un antro y los transeúntes podían percibir desde la calle una estentóreo voz que si no exponía la ley daba a conocer el mal humor del comisario.

En seis ocasiones a lo largo día visitó el bueno de Berthelini la residencia oficial en busca del necesario permiso para su función nocturna, y las seis le dijeron que el importante personaje había salido. La figura de León Berthelini empezó a hacerse familiar en las calles de la pequeña ciudad. Adquirió una rápida celebridad local y fue señalado con el nombre de «el hombre que busca al señor comisario».

Varios chiquillos desocupados se pegaron a sus talones, acompañándole en sus frecuentes caminatas entre el hotel y la oficina. León podía hacer lo que quisiera; aquella caterva no se alejaba y en estas circunstancias es muy difícil de sostener el papel de Almaviva.

Cuando pasaba por séptima vez por la plaza del mercado, uno de sus espontáneos acompañantes le señaló al comisario, que con el chaleco desabrochado y las manos a la espalda vigilaba desde las alturas de la ley el peso y venta de la manteca. Berthelini dirigió sus pasos hada el funcionario que se hallaba rodeado de cestas y con un saludo que era un triunfo del arte escénico:

-¿Tengo el honor de saludar al señor comisario? -dijo el artista.

El funcionario quedó bien impresionado por lo respetuoso del saludo y con más majestad y menos grada:

-El honor es mío -respondió.

-Yo soy, señor comisario -dijo León-, un artista, y me he permitido interrumpimos en un asunto del servicio para poner en vuestro conocimiento que esta noche doy una pequeña velada musical en el Café del Triunfo (me atrevo a ofrecemos un programa) y vengo a pediros la necesaria autorización.

A la palabra artista el comisario se caló el sombrero como para indicar que ya había tenido sobrada condescendencia y que le reclamaban los deberes de su cargo.

-Dejadme en paz ahora -dijo-, estoy pesando la manteca.

-¡Cara de judío! -pensó León, pero añadió en voz alta: Perdonadme si insisto, pero he estado seis veces...

-Poned los carteles si queréis -le interrumpió el funcionario-. En un par de horas examinaré vuestros documentos en la oficina, pero ahora marchad. Ya veis que estoy ocupado.

-¡Pesando la manteca! -pensó dolorosamente el artista. ¡Oh Francia! ¡Para eso hemos hecho el 93!

Los preparativos estuvieron pronto terminados. Los carteles colgados, los programas colocados en todas las mesas de los hoteles de la ciudad y un pequeño tablado puesto en un extremo del Café del Triunfo. Pero cuando León volvió a la oficina, el comisario se había marchado de nuevo.

-Es como Madame Beresiton -pensó Berthelini-. ¡Maldito comisario! -justamente en aquel momento se encontró con él cara a cara.

-Aquí están mis papeles, caballero -dijo León-.¿Queréis tener la bondad de examinarlos?

Pero el comisario se disponía a comer, así es que contestó:

-Es inútil, completamente inútil, estoy ocupadísimo; pero no hallo inconveniente en que deis vuestra función. -Y entró apresuradamente en la casa.

-¡Maldito comisario! -volvió a murmurar el artista.

CAPÍTULO II

El local estaba lleno de gente y el dueño del café hizo un buen negocio, sobre todo con la cerveza, pero los Berthelini se cansaron en vano. León estaba radiante con su traje de terciopelo y tenía un modo de fumar un cigarrillo en las pausas de sus canciones que valía la pena de pagar por verlo. Acentuaba los chistes de tal modo, que hasta los cerebros más obtusos de la ciudad llegaban a comprender cuándo debían reírse y cogía la guitarra de una manera única y digna de él. Verdaderamente el oírle tocar este instrumento valía por todo un drama romántico; tanta poesía ponía en ello y tan florido y caballeresco resultaba el espectáculo.

Elvira, por su parte, cantó sus canciones románticas y patrióticas, con expresión mayor aún que la acostumbrada. Su voz tenía buen timbre y afinaba bastante, y cuando León la contempló con su vestido marrón escotado, los brazos desnudos desde el hombro y una rosa de

trapo provocativamente prendida en el pecho, se repitió a sí mismo, por la milésima vez, que era una de las mujeres más hermosas que podrían existir.

Por desgracia no era ésa, sin duda, la opinión de la dorada juventud de Castel-le-Gâchis, pues cuando la artista circuló con el platillo, todos le giraron la espalda fríamente.

Algunas raras monedas de cobre fueron el resultado de las colectas, de las que ninguna pasó de medio franco; el alcalde se excedió a dar cuatro sous y fue el que más dio de todo el auditorio.

Un helor inexplicable recorrió el cuerpo de los artistas. Les pareció que tenían un público de trozos de hielo. El mismo Apolo se hubiese desanimado con un auditorio semejante. Los Berthelini lucharon contra la enervante impresión; quisieron animar su trabajo y cantaron más fuerte; la guitarra parecía un ser animado, y por último León, queriendo jugar el todo por el todo, empezó su obra maestra, su inimitable canción: Ya des honnétes gens par tout, en la que demostraba como en ninguna la maestría de su arte. Era su íntima convicción que Castel-le-Gâchis era una excepción de lo que la canción afirmaba, y que su vecindario se componía exclusivamente de ladrones y rufianes; sin embargo lanzó esta última como un desafío; la sostuvo como un artículo de fe, y su rostro tenía tan radiante expresión de entusiasmo que parecía que hasta los bancos iban a aplaudir.

Estaba en la nota más alta y sostenida, con la cabeza echada atrás y la boca abierta cuando la puerta del café dio ruidosa entrada a dos nuevos espectadores. Eran el comisario seguido del guarda rural.

El indomable Berthelini atacó el refrán: Ya des honnétes gens par tout Pero la sentimental romanza tuvo el privilegio de empezar a producir risas ahogadas. Berthelini asombrado no comprendía la causa y ésta era cierta historia, en que el nombre del guarda rural aparecía mezclado con la desaparición de una cantidad de sellos de correos, y el público celebraba la coincidencia de la canción con la entrada del sospechoso.

El comisario se sentó sobre una silla con su aspecto parecido al de Cromwell cuando visitaba las cámaras, y cuchicheó con el guarda, que se había quedado respetuosamente detrás y de pie. Los ojos de ambos estaban fijos en el artista que persistía en su canción con ensañamiento: Ya des honnétes gens par tout. La repetía por décima vez cuando el comisario se puso de pie y llamó al artista con una sería hecha con el bastón.

-¿Me llamáis a mí? -preguntó León interrumpiendo su canto.

-Sí, a vos -replicó el funcionario.

-¡Maldito comisario! -volvió a decir interiormente, al mismo tiempo que bajaba del tablado y se dirigía al representante de la autoridad.

-¿Cómo es -interrogó a gritos el comisario inflándose de importancia- que os encuentro subido en el tablado de un café público, careciendo de permiso para ello?

-¿Cómo que sin permiso? -repitió indignado León-. Me permitiréis recordamos...

-¡No necesito explicaciones! -dijo el funcionario. -¿Y a mí qué me importa lo que vos necesitáis? -replicó el artista-. Yo quiero darlas y no permito que se me atropelle. Soy un artista, señor mío, clase a la que vos no podéis juzgar, ni comprender. Me habéis dado verbalmente vuestro permiso y estoy aquí en virtud de él.

-Pero no tenéis mi firma -rugió el comisario-. ¿Dónde está mi firma? ¡Enseñadme mi firma!

Esta era la cuestión: ¿dónde estaba la firma? León comprendió que estaba en situación falsa pero no se amilanó por ello y se preparó adoptando una actitud noble y echando atrás sus bucles. El comisario asumía el papel de tirano, pues él sabría colocar la majestad ante la furia. El auditorio había traspasado su atención a este otro espectáculo, y escuchaba con la silenciosa gravedad que siempre adoptan los franceses cuando están cerca de la policía. Elvira se había sentado aparte, estaba acostumbrada a estos incidentes y se hallaba más bien melancólica que asustada.

-¡Otra palabra y os meto en la cárcel! -gritó el terrible funcionario.

-¡A mí! -contestó León-. ¡Os desafío a que lo intentéis! -¡Soy el comisario de Policía! -dijo éste bramando. -Pues olvidáis parecerlo -contestó León dominándose y procurando contrastar por su finura.

Pero la ironía, que era demasiado fina para Castel-le-Gâchis, no produjo ni una sonrisa. En cuanto al comisario, se levantó y mandando al cantor que compareciera en su oficina, dirigió majestuosamente sus pasos a la puerta. No quedaba más remedio que obedecer. Así lo comprendió León, haciendo una pantomima de indiferencia pero sin negarse a sí mismo que era un trago amargo.

El alcalde se había escurrido y estaba ya esperando en la puerta de la comisaría. El alcalde, en Francia, es el consuelo del oprimido, se interpone entre el pueblo y los rigores de la policía. Algunas veces comprende lo que se le dice, y no está siempre hinchado en su dignidad, cosa muy digna de tenerse en cuenta por los viajeros. Cuando todo parezca concluido y ya se esté resignado a sufrir injusticias, aún le queda al perseguido como a los héroes griegos otra flecha en su carcaj, y el alcalde puede, como un pacífico deus ex machina, descender a salvar a la incauta víctima. El alcalde de Castel-le-Gâchis, aunque insensible a los encantos de la música como lo demostraba su módico óbolo, no vaciló en cuanto vio desconocidos los derechos de un ciudadano. Al momento cayó sobre el comisario tomando la cosa desde muy alto; el comisario, no queriéndose dar por vencido, aceptó la batalla. La argumentación duró bastante rato con varia fortuna, tan pronto inclinándose a un lado como al otro, hasta que ésta pareció decidirse en favor del comisario, y el alcalde pudo demostrar por un acto de autoridad que aunque vencido en argumentos siempre era el alcalde y volviéndose bondadosamente al artista le dijo que volviera a su concierto.

-Ya es tarde -añadió.

León no se lo hizo repetir. Volvió a escape al café del Triunfo; pero, ¡oh dolor!, durante su ausencia se había evaporado el auditorio. La única persona que permanecía sentada era Elvira en desolada actitud sosteniendo la guitarra. Con íntima pena había visto salir al público, pensando que se llevaban parte de sus ganancias en el bolsillo, y el alquiler del hotel, los gastos del ferrocarril y la comida del día siguiente, todo se había desvanecido en las sombras de la noche.

-¿Qué ha sido eso? -preguntó lánguidamente.

Pero León no respondió, miraba el campo de su derrota. Apenas quedaban algunos oyentes y ésos de los menos conspicuos.

El reloj casi señalaba las once.

-¡Batalla perdida! -exclamó, y cogiendo la caja del dinero la vació. Tres francos setenta y cinco, contra cuatro de hospedaje, y seis de camino de hierro, y ¡sin haber podido hacer tómbola! Elvira, ¡esto es Waterloo! -Y se sentó pasándose las manos desesperadamente por los cabellos-. ¡Maldito comisario! -gritó con convicción-. ¡Maldito comisario! -Reunamos nuestras cosas y vámonos -propuso Elvira-. Podríamos probar otra canción, pero no reuniremos ni cincuenta céntimos.

-¿Cincuenta céntimos? -dijo con desprecio el artista. ¡Cincuenta pares de demonios! ¡En esta maldita ciudad no hay una sola persona, no hay más que cerdos, perros y comisarios! Dios quiera que podamos irnos en paz a la cama.

-No digas esas cosas -añadió la pobre mujer.

Y con eso empezaron a hacer sus preparativos de marcha. La caja del tabaco, el portacigarrillos, los objetos menudos que debieron ser premios en la tómbola, todo esto fue empaquetado en un lío con los papeles de música. Se metió la guitarra en su caja y habiéndose echado Elvira un ligero chal sobre los hombros, salió la pareja de artistas del café dirigiéndose al hotel de la Cabeza Negra. Cuando atravesaban la plaza del mercado daban las once en el reloj de la iglesia. La noche estaba oscura y templada y las calles desiertas.

-Todo está muy bien -dijo León-, pero tengo el presentimiento de que aún no hemos concluido con la noche.

CAPÍTULO III

El hotel estaba completamente a oscuras y la verja que daba paso a los coches cerrada.

-Esto no tiene precedentes -observó León-. Una hospedería cerrada a las once y cinco minutos, y sin embargo en el café había aún algunos viajantes. Elvira, mi corazón no me engaña, llamemos a la campanilla.

La campanilla tenía una nota potente y vibrante que acentuaba las apariencias conventuales del edificio. Un sentimiento de rezos y mortificaciones se apoderó de la melancólica Elvira mientras a su marido le pareció que anunciaba el principio de un sombrío quinto acto.

-Es tu culpa -murmuraba Elvira- por haber estado llamando a la desgracia.

León cogió la campanilla y llamó con más fuerza; aquel toque a rebato despertó todos los ecos del edificio y cuando ya se iban desvaneciendo, apareció una luz junto a la puerta cochera y una potente voz trémula de rabia se alzó en el silencio de la noche.

-¿Qué escándalo es éste? -gritó el trágico hostelero a través de los barrotes de la verja-. ¿Las doce casi dadas y os venís haciendo un ruido, como si fuerais prusianos, a las puertas de un hotel respetable? ¡Oh!, ya os conozco, cómicos de la legua, gentes que andan siempre en dificultades con la policía. Y ¿os presentáis aquí como si fuerais los señores y dueños de todo? ¡Marchaos inmediatamente!

-Me permitiréis recordaros -dijo León en tono incisivo- que soy un huésped de vuestra casa, que mi inscripción está en regla y que he depositado en ella mi equipaje que vale más de 400 francos.

-Pues ahora no podéis entrar -dijo el grosero personaje-; esto no es taberna de ladrones, ni sitio propio para pajarracos nocturnos y tocadores de órgano.

-¡Bruto! -gritó Elvira a quien llegó al alma lo del organillo.

-Entonces reclamo mi equipaje -continuó León con inalterable dignidad.

-No sé nada de vuestro equipaje -contestó el hostelero.

-¿Queréis confiscarme el equipaje? -gritó el artista-. ¿Os atrevéis a confiscarme el equipaje?

-¿Quién sois? -preguntó el patrón-. Como está tan oscuro no veo.

-¡Bueno! ¿Quiere decir que detenéis mis efectos? -concluyó León-. Os arrepentiréis, os lo aseguro, os haré la vida amarga a fuerza de persecuciones. Os arrastraré de tribunal en tribunal o no hay justicia en Francia que decida entre vos y yo. Os convertiré en el hazmerreír de la ciudad; pondré vuestro nombre en una canción, en una indecente canción que se hará popular y que los chicos os cantarán en la calle y vendrán de noche a cantarla a través de esas verjas.

Había ido gradualmente subiendo la voz porque durante la discusión se había ido retirando el hostelero y al llegar a las últimas palabras, la luz había desaparecido completamente. León se volvió a su esposa con gesto heroico.

-Elvira -dijo-, desde ahora tengo un deber sagrado en la vida. Destruir a este hombre como Eugenio que destruyó al conserje. Vamos de inmediato a buscar los gendarmes y empecemos nuestra venganza.

Recogió la caja de la guitarra que durante este tiempo había estado apoyada en la pared y emprendieron el camino a través de las desiertas y mal alumbradas calles de la pequeña ciudad, cansados y con los corazones indignados.

La gendarmería se hallaba colocada detrás de las oficinas del telégrafo, en el fondo de un vasto patio convertido parcialmente en jardín, donde allí los guardianes del pueblo disfrutaban del sueño más tranquilo, que costó a nuestros artistas no pocos esfuerzos el poder despertar a uno. Cuando por fin éste se acercó a la puerta y le explicaron el caso, se limitó a decir:

-Eso no es cosa nuestra. León razonó con él, le suplicó.

-Aquí -dijo señalando a Elvira- está Madame Berthelini, en traje de sociedad, una señora muy delicada y en estado interesante. Lo último era añadido para buscar un efecto teatral pero a todo contestaba el militar:

-Eso no es cosa nuestra.

-Muy bien -dijo León-. Pues vamos a la comisaría. Allí encaminaron sus pasos. La oficina estaba oscura y probablemente solitaria, pero el domicilio estaba a dos pasos, y allá fue el pobre artista colgándose de la campanilla como un loco. La esposa del comisario, una mujercita que parecía hecha con papel de seda, se asomó a la ventana y les informó de que el comisario no había regresado aún.

-¿Está quizás en la alcaldía? -pregunto León. La comisario lo encontró probable.

-¿Tenéis la bondad de decirme dónde está la alcaldía? Sobre este punto le dio unos informes algo vagos.

-Quédate -aquí, Elvira -dijo su esposo-, no sea que nos crucemos en el camino. Si cuando yo vuelva ya no estás aquí me dirigiré en seguida al hotel.

Y se fue a buscar al alcalde. Algunos minutos perdió dando vueltas por calles desconocidas y cuando llegó ya eran las doce y media pasadas. Las tapias de un jardín blancas y sombreadas por nogales, una puerta con buzón para cartas y un tirador de campanilla, esto es lo único que se podía ver del domicilio del alcalde. León cogió el tirador con ambas manos y se colgó de él furiosamente. La campanilla estaba al otro lado de la verja y respondió a sus esfuerzos produciendo un ruido clamoroso que se extendió más y más en el silencio absoluto de la noche.

Se abrió una ventana en la casa de enfrente, y una voz preguntó el motivo de tanto ruido.

-Deseo ver al alcalde -contestó León.

-A estas horas está en la cama -contestó la voz.

-Pues que se levante -y volvió a llamar a la campanilla.

-No lograréis que os oiga -replicó la voz-. La campanilla da al extremo del jardín y el alcalde y su ama de gobierno son sordos.

-¡Ah! ¿El alcalde es sordo? -preguntó León, sintiendo un impulso de satisfacción al acordarse del concierto del café-. ¿Con que es sordo? ¡Ahora lo comprendo todo! ¿Y el jardín es grande y la casa lejos?

-Podéis llamar toda la noche -añadió la voz- sin otro fruto que el de despertarme a mí.

-Gracias, ciudadano -contestó el artista-, os voy a dejar dormir.

Y se marchó a buen paso para reunirse con Elvira; la encontró paseando por delante de la comisaría.

-¿No ha venido? -preguntó Berthelini. -Todavía no -fue la respuesta.

-Bien -observó León-. Tengo la seguridad de que nuestro hombre está arriba. Dame la guitarra, Elvira. Estoy enfadado, pero gracias a Dios yo no pierdo la cabeza, nos contentaremos con dar al injusto magistrado una serenata. Témplame la guitarra, Elvira, que yo ya estoy templado.

Al decir esto tenía ya abierta la caja de la guitarra y la empuñó con un ademán irresistible.

-Ahora -continuó-, ¿estás dispuesta? Pues sígueme. -Sonaron los primeros acordes de la guitarra y las dos voces unidas y fuertes se elevaron en el silencio de la noche, cantando el coro de una canción del viejo Béranger:

¡*Comisario, comisario,*
Colin pega a su patrona!

Las piedras de Castel-le-Gâchis temblaron ante esta audaz innovación. Hasta aquí la noche había sido consagrada al sueño y a los gorros de dormir. ¿Qué quería decir aquello? Se abrieron las ventanas, una tras otra. Se encendieron fósforos y empezaron a lucir bujías. Delante de la puerta del comisario se dibujaban las dos figuras arrogantemente plantadas, con la cabeza echada atrás y la mirada como interrogando a los cielos. La guitarra en medio del silencio parecía tener una resonancia como si fuese medio orquesta y las voces despertaban todos los ecos repitiendo el nombre de comisario. Más parecía aquello entreacto en una farsa de Moliére que escena real en la monótona vida de Castel-le-Gâchis.

El comisario, si no el primero, tampoco fue el último en rendirse a la influencia de la música y furioso abrió la ventana de su cuarto de dormir. Estaba fuera de sí de rabia. Se inclinó hacia la calle gesticulando como un poseído. La borla de su gorro de dormir parecía un ser animado; abrió la boca de una manera sin precedente, y sin embargo la voz en lugar de escaparse por como un trueno, salió chillona y medio ahogada. Si la serenata dura un poco más quizás hubiera trabado conocimiento con la apoplejía.

Renunciamos a reproducir su lenguaje; abarcó tantos puntos a la vez que su descripción excede a los medios de que dispone un pacifico narrador de cuentos. Aunque ya tenía fama de hombre de lengua pronta y poseedor de un vasto repertorio de interjecciones, las prodigó tan notablemente en esta noche, que una señorita principal, vecina suya, a quien también la música había hecho abandonar la cama, se vio obligada a cerrar su ventana antes del segundo párrafo.

León trató de explicó su conducta, pero no recibió otra contestación que amenazas de arresto.

-¡Si llego a bajar! -repetía el comisario.

-¡Hacedlo! -decía León-, si eso es lo que queremos.

-¡No me da la gana! -gritó el funcionario.

-¡No os atrevéis! -dijo el artista con aire de desafío. El comisario cerró la ventana.

-¡Todo ha concluido! -exclamó León-. La serenata ha sido mal interpretada. Estos animales no tienen idea de humanismo.

-Vámonos de aquí -dijo Elvira tiritando-. Toda esta tiente presenciando nuestra desgracia -v dejándose dominar por sus nervios exclamó dirigiéndose al vecindario-: ¡Brutos, brutos y nada más que brutos!

-¡Sálvese quien pueda! -gritó León-; ahora sí que has acabado de arreglarlo. -Y tomando la guitarra en una mano y en otra la caja, precedió a su esposa con alguna precipitación exagerada, al abandonar el teatro de su última y absurda aventura.

CAPÍTULO IV

Al este de Castel-le-Gâchis cuatro filas de enormes álamos y grandes copas forman un hermoso paseo, completamente oscuro de noche y en el que los bancos de piedra alternan con los viejos árboles. No corría ni una gota de aire; una pesada atmósfera saturada de perfumes embalsamaba la avenida y todas las hojas permanecían inmóviles sobre su rama. Después de llamar en vano a la puerta de una o dos posadas, allí resolvieron por fin los ajetreados artistas

terminar la noche. Después de una lucha de cortesía para dejar León su gabán a Elvira, se sentaron juntos y en silencio en el primer banco que hallaron.

León lió un cigarrillo y lo fumó hasta el fin tratando solamente de recordar los nombres de las constelaciones que veía entre las hojas. El reloj de la iglesia interrumpió el silencio, dando cuatro campanadas seguidas de otra mucho más potente; las vibraciones de esta última expiraron en el aire y el silencio volvió a ser absoluto.

-¡La una! -dijo León-. Faltan cuatro horas para que amanezca. La noche es templada y hermosa, tengo fósforos y tabaco. No exageremos, Elvira. Por una vez esto es encantador. Siento un bienestar interior, me parece que revivo. Esto es la poesía de la vida. Acuérdate, querida mía, de las novelas de Cosper.

-León -dijo la esposa fieramente-. ¿Cómo puedes decir semejantes tonterías? ¡Pasar una noche en la calle! ¡Si esto es una pesadilla! ¡Nos vamos a morir!

-Te exaltas sin motivo -replicó él tratando de tranquilizarla-. Aquí no se está mal. Anda, ¿quieres que ensayemos una escena? ¿Vamos con Aliestes y Celimene? ¿No? ¿O un trozo de todos Huérfanos? Anda, ven, eso te distraerá, o si prefieres alguna otra, voy a declamar para ti sola como nunca, siento el pecho lleno de inspiración.

-¡Cállate! -gritó ella-, o me vas a volver más loca de lo que estoy. ¿No habrá nada capaz de entristecerse, ni aun esta horrorosa situación?

-¡Oh, horrorosa no es la palabra! -observó León-. ¿Dónde querrías estar ahora? Decid, bella joven, dónde queréis ir.

Canturreó el artista.

-Mira -dijo de pronto, cogiendo la guitarra-: otra buena idea; ¡vamos a cantar esta canción! Esto te tranquilizará los nervios, te lo aseguro.

Y sin esperar contestación empezó a preludiar en el instrumento. A los primeros acordes se despertó un joven que dormía sobre un banco vecino.

-¡Hola! -gritó el durmiente-. ¿Quién sois?

-¿Bajo qué rey servís? -declamó el artista-. ¡Responded o morid! -añadió, continuando sus clásicas citas de una tragedia francesa.

El joven se levantó, acercándose a la pareja. Era un muchacho alto y robusto, de aspecto distinguido, con el rostro algo mofletudo. Vestía terno gris y un sombrero de cazador del mismo color y al aproximarse vieron que llevaba un saquito de viaje debajo del brazo.

-¿También acampáis aquí? -preguntó, con marcado acento inglés. Me alegro por la compañía.

León explicó sus desventuras y el recién venido a su vez les dijo que era estudiante de Cambridge, que daba una vuelta por el continente y que habiéndosele acabado el dinero para pagar su alojamiento ya hacía tres noches que dormía allí y temía tener que dormir aún otras dos.

-Afortunadamente hace un tiempo hermosísimo concluyó.

-¿Oyes esto, Elvira? -dijo León-. Mi señora -continuó-, se ha afectado ridículamente por este trivial incidente. Por mi parte lo encuentro romántico y nada desagradable; pero os ruego que toméis asiento -añadió con perfecta cortesía, haciendo sitio en el banco al estudiante.

-Gracias -dijo éste, aceptando la invitación-. Sí, no deja de tener sus encantos cuando uno se acostumbra. Para lo que hay siempre endiabladas dificultades es para lavarse. Por lo demás, soy muy aficionado a las estrellas, al aire fresco y a todas esas cosas.

-¡Ah! -dijo León-. El señor sin duda es artista.

-¿Artista? -repitió el inglés con aire sorprendido-. No que yo sepa.

-Perdonad -dijo el actor-; las aficiones que acabáis de exponer...

-¡Bah! -exclamó el estudiante-. Le pueden a uno gustar las estrellas y ser lo que a uno le plazca.

-Pero eso quiere decir que tenéis alma de artista, señor... ¿Puedo sin indiscreción preguntamos vuestro nombre? -interrogación.

-Me llamo Stubbs -contestó el inglés.

-Muchas gracias -repuso León-. El mío es Berthelini, León Berthelini, antiguo actor de los teatros de Montrouge-Belleville y Montmartre. Modesto como me veis, he creado más de un papel importante. La prensa me dedicó unánimes elogios en el papel del Diablo de las Montañas en el drama del mismo título. Mi esposa, a quien tengo el gusto de presentaros, también es una artista y también es creadora; ha creado más de veinte canciones en uno de los principales music-hall de París. Pero volviendo a vos, señor Stubbs, os decía que teníais alma de artista y me permitiréis ser juez en la materia. Espero que no sacrificaréis vuestros instintos. Yo os aconsejo y os ruego que sigáis la vida de artista.

-Os lo agradezco -contestó el inglés frotándose las manos-; pero pienso ser banquero.

-¡No! -exclamó con energía León-. ¡No me digáis eso! Un joven de vuestras condiciones no puede caer tan bajo. ¿Qué importan algunas privaciones aisladas, mientras trabajáis para un fin tan noble y elevado como es el arte?

«Este tío está loco», pensó Stubbs; «y la mujer no deja de ser agradable y él mismo parece bastante simpático». Y continuó en voz alta:

-¿Me habéis dicho que sois actor?

-Ciertamente que lo soy -repuso León-, o mejor dicho, ¡ay!, lo he sido.

-Y desearíais que yo me hiciera también actor continuó el estudiante-; pero hombre, ¡si yo nunca he podido aprenderme las lecciones! Tengo la misma memoria que un chorlito y en cuanto a declamar creo que un gato lo haría mejor.

-La escena no es la única carrera para un artista -dijo León-. Sed escultor, bailarín, poeta o novelista; en una palabra, seguid los impulsos de vuestro corazón y haced algo memorable antes de que os sorprenda la muerte.

-Y a eso llamáis arte -preguntó Stubbs.

-¡Claro está! -afirmó Berthelini-. ¿No son todas distintas ramas?

-Yo no sé -dijo el inglés-: siempre he creído que un artista es un pobre hombre.

El cantor le miró con sorpresa.

-Sin duda -dijo-, no nos comprendemos bien a causa de la diferencia de idiomas; esa Torre de Babel, ¡cuántos perjuicios ha causado! Si pudiera yo hablar inglés seguiríais más fácilmente mi razonamiento.

-En confianza os diré que no lo creo -replicó el otro-. Aunque parece que vos sois muy fuerte en la materia. En cuanto a mí, admiro las estrellas y me gusta verlas brillar, ¡son tan bellas! Pero que me ahorquen si tengo la menor idea de lo que es arte; ya comprendéis, no está en mi camino. No soy intelectual, lo reconozco; no sabéis los sudores que paso para no llevar calabazas en los exámenes. Pero tengo buen genio -dijo, viendo al artista muy desencantado, a pesar de que la escasa luz no permitía juzgar bien las fisonomías-. Y no me disgustan las comedias, la música, las guitarras y todas esas cosas.

El antiguo actor tuvo la intuición de que no llegarían a un completo -acuerdo sobre esas cosas y cambió de conversación.

-¿Es decir, que viajáis a pie? -preguntó-. ¡Qué romántico y qué valiente! ¿Qué os parece mi patria y qué efecto os han causado nuestras elevadas y abruptas montañas?

-El hecho es que... -empezó Stubbs, e iba a añadir que no le habían hecho ningún efecto y que no le importaban un comino, lo que en el fondo tampoco era verdad; pero comprendiendo que el artista y sobre todo el patriota se hubiera resentido, sustituyó su juicio primero por este otro-: El hecho es.., que está todo muy bien. A mí me dijeron que no valía nada, hasta en la guía de viaje lo dice, pero sin razón; todo esto es endiabladamente bonito, ¡palabra de honor!

En este momento, y de la manera más inesperada, Elvira rompió a llorar.

-¡Mi voz! -gimió la infeliz-. León, si permanezco más tiempo aquí, perderé la voz.

-Pues no estarás ni un instante más -dijo el ex cómico resueltamente-. Aunque tenga necesidad de llamar en todas las puertas, aunque sea preciso quemar la ciudad, yo te encontraré un refugio.

Guardó la guitarra en su caja, consoló a su esposa con algunas caricias y tomándola del brazo y quitándose el sombrero, dijo al estudiante:

-Señor Stubbs, el recibimiento que puedo ofrecemos es más que problemático; sin embargo, os ruego nos concedáis el placer de vuestra compañía. Según me habéis dicho, tenéis algunas dificultades momentáneas y yo tendré un verdadero placer en anticiparos lo que necesitéis. Además, no nos hemos de separar tan pronto después de habernos conocido en tan especiales condiciones.

-¡Oh yo ...! -empezó a decir el estudiante. No se deja con gusto a un compañero como vos...

-No quisiera tener que llegar a las amenazas -respondió riendo León-, pero si rehusáis lo llevaría muy a mal.

«Yo no sé donde quiere ir a parar ese hombre», pensó el inglés, y después añadió en voz alta:

-Bien, como queráis.

Y volvió a decirse a sí mismo: «¡Pero vaya una forma de obligarle a uno contra su voluntad».

CAPÍTULO V

León se colocó a la cabeza del movimiento, como si supiera adonde iba. Los sollozos de su esposa eran aún perceptibles y nadie habló una palabra. Un perro ladró con furia al pasar delante de una verja y el reloj de la iglesia dio las dos, seguido de otros muchos en diversidad de tonos. Justamente entonces descubrió Berthelini una luz. Brillaba en una casita de los alrededores de la ciudad y en su dirección encaminaron sus pasos nuestros noctámbulos

«Siempre es una probabilidad», pensaba León.

La casa en cuestión debía tener la fachada dando a otra calle y era la parte trasera la que daba a la especie de patio-jardín al que se acercaron nuestros amigos. La casa parecía haber sufrido recientes obras. Una enorme ventana que se veía en la pared parecía más reciente que la casa. León concibió la esperanza de que fuera un estudio.

-Si solamente fuese un pintor -dijo frotándose las manos-, apuesto doble contra sencillo que seremos bien recibidos y provistos de cuanto necesitamos.

-Pero yo creí que los pintores son siempre muy pobres -observó el estudiante.

-No conocéis el mundo como yo lo conozco -dijo León con un aire muy filosófico-; para nosotros cuanto más pobres sean mejor.

Y el trío avanzó en el patio.

La luz estaba colocada en el piso bajo de la casita; la ventana que se vela brillantemente iluminada junto a otras dos con claridad más débil hacía suponer que era una lámpara encendida en una vasta habitación; y cierto aumento irregular que se notaba en la luz demostraba que una buena lumbre contribuía a aquella iluminación. Al acercarse, oyeron una voz y los tres se detuvieron. El diapasón era alto y el tono de enfado, pero aun así era una voz masculina bien timbrada y agradable. La modulación era demasiado rápida para poder ser percibido con claridad; era una cascada de palabras cayendo más o menos rápidas, y de cuando en cuando una frase pronunciada muy distintamente, como si el orador tuviera especial confianza en su virtud.

De pronto se alzó otra voz. Esta vez era de mujer. Y si la voz masculina denotaba enfado, la de la mujer estaba en el grado supremo de la furia; era esa voz incolora y antinatural que lo mismo puede conducir a un homicidio que a una crisis nerviosa. La voz en que a veces la mejor de las mujeres dice palabras más dolorosas que la muerte a las personas más queridas. Si los huesos que yacen en los sepulcros fueran dotados del don de la palabra, tendrían una voz muy semejante.

León era valiente y aun creo que algo escéptico, pero al oír aquella voz prevaleció el hábito de la niñez y se santiguó devotamente

Ya había él conocido varias mujeres en su vida. Sin duda las palabras que pronunció la mujer fueron muy duras, pues volvió a oírse la voz del hombre denunciando una violenta cólera.

El estudiante, que no había comprendido las palabras de la mujer, se tapó los oídos al escuchar los gritos del hombre.

-¡Aquí se van a pegar! -opinó.

La mujer replicó de nuevo, aún dueña de sí misma, pero un poco más alterada.

-¿Se acerca la crisis? -preguntó León a su esposa-. Me parece que esta escena no puede ser muy larga.

-¡Yo qué sé! -replicó Elvira con alguna acritud.

-¡Oh, mujeres, mujeres! -dijo León abriendo la caja de la guitarra-. Es una de las cargas de mi vida, señor Stubbs, se ayudan unas a otras, dicen que no lo hacen por sistema, que es la naturaleza. Hasta la señora Berthelini, que es una artista dramática.

-No tenéis corazón, esposo -dijo la interesante Elvira. Esta pobre mujer está disgustada.

-¿Y el hombre, ángel mío? -preguntó el señor Berthelini sacando la guitarra-, ¿y el hombre, amor mío?

-Para eso es hombre -fue la sencilla respuesta.

-¿Oís esto? -dijo León a Stubbs-. Aún es tiempo para vos. Apuntaos esa entonación de voz. Y ahora -continuó-, ¿qué les vamos a cantar?

-¿Pero vais a cantar ahora? -preguntó Stubbs.

-Yo soy un trovador y pido hospitalidad a cambio de mi arte -contestó León-. ¿Podría hacer eso si fuese banquero? -Tampoco tendríais necesidad de hacerlo -contestó el estudiante,

-¡Calla! -se dijo León-. ¡Pues es verdad, Elvira, es verdad!

-Naturalmente que lo es -replicó la aludida-, y bien por figurártelo.

-Querida mía -dijo León con su énfasis natural-; yo no me figuro más que lo que es poético, pero ¿qué vamos a cantar?

Yo quisiera algo apropiado.

El joven inglés estuvo por proponer una canción familiar en su Universidad, pero pensando que estaba en inglés se abstuvo de dar ningún consejo en el asunto.

-Algo que recuerde nuestra actual situación.

-¡Ya lo tengo! -y empezó a cantar una antigua romanza de Pierre Dupont, que dice:

¿Sabéis en dónde está mayo,
que es el mes más hermoso?

Elvira unió su voz; también lo hizo Stubbs con buen oído y no mala voz, aunque con muy imperfecto conocimiento de la música. La guitarra de León servía de punto de apoyo a las voces. El actor lanzaba las notas de pecho con prodigalidad y entusiasmo, y al mirar al cielo, de la manera heroica que él acostumbraba arrojando atrás los rizos negros de sus cabellos, le parecía que las estrellas contribuían con su silencioso aplauso a su gloria y que el universo le

concedía su silencio como coro para sus trovas; y un eterno Endymios como nuestro artista no necesita más para ser feliz.

Él solo (y hemos de hacer observar que era el peor cantante de los tres) tomó la música en serio juzgando la serenata desde un punto artístico muy elevado.

Elvira estaba preocupadísima con su situación, y en cuanto a Stubbs, le pareció que era una broma colosal. Las tres voces continuaron preguntando dónde se encontraba el mes de mayo.

Los inquilinos empezaron por asustarse, se vio la luz andar de un lado al otro, dejando una ventana casi a oscuras para iluminar otra, y por último se abrió la puerta y apareció un hombre en blusa llevando una lámpara de mano. Era muy joven aún, de revuelta barba y luenga cabellera y llevaba el cuello desnudo. Su blusa llena de manchas de todos colores parecía una túnica arlequinesca, y tenía algo de rural en la manera de llevar los calzones sujetos con un cinturón.

Inmediatamente detrás de él y mirando por encima de su hombro, apareció una mujer. Estaba pálida y un poco ajada, aunque muy joven todavía. La expresión de su rostro era agridulce y todo el conjunto recordaba vagamente a algunas medicinas, provechosas para la salud, pero insípidas al gusto. De todos modos su rostro no era desagradable ni mucho menos.

-¿Qué es eso? -preguntó el joven.

CAPÍTULO VI

León ya tenía el sombrero en la mano. Avanzó con su gracia acostumbrada. En el teatro le hubiera valido aquella escena muda una de sus mayores ovaciones.

Elvira y el inglés se adelantaron como la pareja de pastores que acompañaban siempre al dios Apolo.

-Señor mío -dijo León-, la hora es imperdonable y en ella nuestra modesta serenata casi parece una impertinencia, pero podéis creerme, palabra de honor, que no se trataba más que de una llamada. El señor, según creo, es artista. Pues aquí estamos también tres artistas que padecemos los rigores de la intemperie. Uno de ellos es una mujer, una delicada mujer, con traje de baile y en situación interesante. Estas circunstancias no pueden menos de hallar eco en el corazón de la dama a la que diviso justamente detrás de su señor esposo, y el rostro de la cual indica nobleza y bien equilibradamente. ¡Ah!, señora, señora, un rasgo de generosidad y haréis felices a tres desgraciados. Nada más que un par de horas al lado de vuestro fuego, os lo pido en nombre del arte y a vos, señora, en el de la bondad, patrimonio de los corazones femeninos.

La pareja como por tácito consentimiento se separó de la puerta diciendo a la vez:

-¡Entrad!

-Pasad adelante, señora.

La puerta se abría directamente sobre la cocina de la casa que según la apariencia también debía ser la única sala. Los muebles eran pocos y muy sencillos, pero de la pared colgaban algunos paisajes con marcos lujosos que denotaban haber visitado los comités de las exposiciones sin haber sido admitidos.

León se dirigió derecho a los cuadros y delante de cada uno de ellos adoptó posturas de experto con el entusiasmo con que ejecutaba todos sus papeles. El dueño de la casa, como si aquella pantomima fuese irresistible para él, le acompañó lámpara en mano a visitar todos los lienzos. Elvira fue conducirla junto al fuego y se sentó rendida de cansancio, mientras Stubbs

permanecía en medio de la habitación con la boca entreabierta y siguiendo con plácida sonrisa los manejos de León.

-Esto lo habéis de ver de día -dijo el autor modestamente.

-Me prometo ese placer -dijo León- os diré, si me permitís la observación, que vuestro estilo recuerda el del Ticiano.

-Sois muy amable -contestó el pintor-, pero ¿no queréis acercamos a la lumbre?

-De muy buena gana -repuso León.

Pronto estuvo toda la compañía agrupada en torno de la mesa, sobre la que se servía una cena ligera, acompañada por un vino ligero también. A nadie le gustó la carne, pero nadie se quejó tampoco; la atacaron todos de buena fe haciendo gran ruido de cuchillos y tenedores. Ver a León comerse una salchicha fría era presenciar un triunfo. Cuando concluyó, había tanta expresiva pantomima acerca de la abundancia de la mesa que él mismo se encontraba como si hubiese comido un buey.

Elvira se había sentado como es natural junto a su marido y Stubbs naturalmente y quizás también inconscientemente se había puesto junto a Elvira; de modo que los dueños de la casa permanecieron juntos. Pero es digno de mencionarse que nunca se dirigieron la palabra ni siquiera permitían a sus ojos el encontrarse. La interrumpida pelotera aún subsistía en sus cabezas, y tan pronto como los huéspedes se retiraran resurgiría de seguro y con renovadas fuerzas.

La conversación giraba sobre uno y otro tema, porque de común acuerdo decidieron no acostarse por ser ya demasiado tarde; pero aquella pareja seguía inflexible: Gonerila y Reyana no fueron nunca más rencorosos en sus disgustos fraternales.

Sucedió que la pobre Elvira estaba tan rendida por todos los acontecimientos de la noche, que por una vez olvidó sus habituales maneras de sociedad (que eran sencillas y correctas)

y dejó caer la cabeza sobre el hombro de su marido, al mismo tiempo deseosa de alguna caricia que aliviara su cansando. Del modo más natural colocó su mano derecha sobre la izquierda de León, y se quedó con los ojos entornados en un estado de beatitud entre el sueño y la vigilia. Pero no perdió el conocimiento y todo el tiempo pudo ver que la esposa del pintor la miraba entre desdeñosa y con envidia.

Le pareció al cantor que la situación reclamaba un cigarrito y para coger el tabaco, dejó la mano de su esposa con todo género de precauciones para no hacerla cambiar de postura y no sin estrechársela antes. Todo este tiempo habían estado fijos en ellos los ojos de la esposa del pintor. Ésta parecía vacilar; por fin tomó una resolución y por debajo de la mesa cogió la mano de su marido; pero podía ésta haberse evitado el disimulo, pues el pobre muchacho poco acostumbrado a estas ternuras se quedó con la boca abierta en medio de una palabra, dando a entender claramente que sus pensamientos habían tomado otro giro. La esposa interrumpió en seguida el contacto, pero pudo observarse que no lo logró sin algún esfuerzo, la joven se sonrojó y por un momento pareció hermosísima.

León y Elvira observaron este manejo y cambiaron una mirada de inteligencia, porque uno de sus placeres era arreglar parejas principalmente si se trataba de matrimonios.

-Os pido disculpas -dijo León-, pero es inútil el disimulo. Antes de llegar aquí oímos voces que indicaban, si es que me permitís decirlo, cierta falta de armonía.

-¡Señor mío! -dijo el marido.

Pero la mujer le interrumpió, diciendo:

-Es verdad, y no veo el motivo para avergonzarse. Si es que mi marido está loco, creo que tengo el deber de hacer cuanto pueda para evitar las consecuencias. Figuraos -dijo dirigiéndose al matrimonio y pasando a Stubbs por alto- que este majadero, que no tiene nociones ni sirve siquiera para pintar de brocha gorda, ha recibido esta mañana un magnífico ofrecimiento de su tío (o mejor dicho del mío, pues es el hermano de mi madre), proponiéndole una plaza en su escritorio con ciento cincuenta libras al año, y ¡figuraos que

rehúsa! ¿Por qué?, diréis. Pues, según él, ¡por amor al arte! ¡Mira tu arte, le digo yo! ¡Míralo! ¿Vale la pena de verse?, y sobre todo ¿vale la pena de comprarse? Y aquí me tienen, señores míos, condenada a la más deplorable de les existencias, sin lujo, sin comodidades siquiera, en los arrabales de una ciudad de provincia. ¡Oh!, no. No me callo; es más fuerte que yo misma. Tomo a estos señores por testigos. ¿Es esto agradable? ¿Es decente siquiera? ¿No merezco mejor trato? Y ¡esto después de haberme casado con él y hecho todo lo posible por complacerle!

No creo que puedan existir en el mundo unas cuantas personas más diversas que las que allí se hallaban reunidas; todos a fuerza de querer parecer serios, parecían tontos y el marido aún más que los demás.

-El arte de este señor, sin embargo -dijo Elvira rompiendo el silencio-, no carece de buenas condiciones. -Pero carece de las necesarias -dijo la airada esposa para que se lo compren.

-A mi parecer, una buena colocación -apuntó Stubbs.

-¡El arte es el arte! -interpuso León-. Yo le saludo porque es lo que embellece la vida y el soplo divino en este mundo, pero... -el actor se detuvo.

-Una colocación... -quiso proseguir el inglés.

-Os diré el caso -intervino el pintor-. Yo soy artista y el arte es todas esas cosas que acaba de decir este señor, pero si por ese motivo mi mujer me va a dar una vida de perros, prefiero ahorcarme de una vez.

-¡Pues hacedlo cuanto antes! -gritó la esposa-. Me gustaría verlo.

-Iba a decir -dijo Stubbs- que un hombre puede tener una colocación y juntar también el arte; yo conozco un chico que está en un banco y que hace unas acuarelas colosales; ayer mismo vendió una por cincuenta libras.

Esto pareció a las dos mujeres una tabla de salvación; cada una interrogó ansiosamente el rostro de su señor y dueño, y es de notar que así lo hiciera hasta la poética Elvira, a pesar de ser ella misma artista (lo que prueba que hay algo de permanentemente mercantil en la naturaleza humana). Los dos hombres también cambiaron una mirada, pero ésta fue trágica. No de otro modo se hubiesen saludado dos filósofos que tras laboriosa vida se encontraron con que eran un misterio para sus propios discípulos.

-El arte es el arte -dijo tristemente León-; y no se trata de hacer una acuarela ni de tocar una hora el piano: es una vida que hay que vivir.

-Mientras los que la viven se mueren de hambre -repuso la dueña de la casa-; si eso es vida no es la que a mí me gusta.

-Voy a proponemos una cosa -dijo León-. Vos, señora, tened la bondad de pasar a otra habitación con mí esposa, y allí discutid el asunto, mientras nosotros hablamos aquí; puede que no resolvamos nada, pero nada nos cuesta probar.

-Con mucho gusto -dijo la joven esposa, y después de encender una vela condujo a Elvira el cuarto de dormir de, piso principal-. El hecho es -dijo después de sentar que mi esposo no sabe pintar.

-Tampoco el mío sabe representar -dijo Elvira.

-Pues yo creí que sabía muy bien -repuso la otra-, parece listo.

-Lo es -dijo Elvira con convencimiento-, y además el mejor de los hombres; pero no sabe representar.

-Al menos no es embustero y charlatán como el mío. Sabe cantar.

-No; estáis equivocada -dijo Elvira calurosamente-, ni siquiera lo pretende, canta para vivir. Pero creedme, los hombres no son embusteros ni charlatanes; es que algunos de ellos tienen una misión que cumplir...

-Pues gracias a ella por poco habéis pasado la noche en la calle y yo vivo en constante miedo de morirme de hambre. Yo creí que la misión de un hombre debía ser el cuidar de su familia; pero parece que no es así. Su misión consiste en ponerse en ridículo. ¡Oh! -exclamó

de pronto-. ¿No es horrible pensar en un hombre como el mío? Si hiciera lo que dice, ¿quién perdería con ello? Lo que es yo ni pizca.

-¿Tenéis hijos? -preguntó Elvira.

-No, pero pueden venir -contestó la joven.

-Los hijos dicen que cambian muchas cosas -observó Elvira suspirando.

Dichas estas palabras, se oyeron unos acordes de guitarra, y poco después la voz de León empezó a cantar una romanza que cortó la conversación de las mujeres. La esposa del pintor se quedó como si viera visiones.

Elvira mirándola en los ojos pudo leer en ellos todo género de dulces recuerdos y memorias de amor evocadas por cada nota de aquel canto. Era la canción de sus amores, una bonita y vieja romanza francesa que hablaba de manzanos en flor, de espigas maduras y de ríos apacibles en que se refleja la imagen de los enamorados.

-León ha estado oportuno -pensó Elvira-, no sé cómo. El cómo era muy sencillo León había preguntado al pintor si no había alguna canción que estuviera unida por el recuerdo a la época de sus amores y habiéndole manifestado cuál, dejó pasar un rato y de pronto empezó a cantar.

¡Oh, mi amante
oh, mi placer, sepamos disfrutar
las horas encantadoras!

-Perdonadme que os diga -dijo la mujer del pintor que vuestro esposo canta admirablemente.

-Esto lo canta con bastante sentimiento -dijo Elvira- pero es más actor que músico.

-La vida es muy triste -dijo la joven-, y a veces nos la hacemos nosotros mismos peor.

-Pues no lo encuentro yo así -contestó Elvira-. Yo creo que las partes buenas de ella aumentan y se multiplican cada día.

-Francamente, ¿qué me aconsejáis que haga?

-Pues francamente yo le dejaría seguir su camino. Se puede asegurar que es un pintor bastante bueno, y no sabéis qué tal empleado será; más vale que siga sus aficiones.

-Sin contar que es un excelente muchacho. Permanecieron reunidos el resto de la noche; se hizo música y reinó la más franca cordialidad entre todos. Castel-le-Gâchis empezaba a enviar el humo de sus chimeneas a las nubes y el reloj de la iglesia daba las seis.

-La guitarra es un duende familiar -dijo León mientras él y Elvira tomaban el camino más corto para llegar a su posada-; ha resucitado a un comisario, convertido un turista inglés y reconciliado a un matrimonio.

Stubbs, por su parte, se marchó pensando:

-Están todos locos -pensó-, todos locos, pero son muy honrados.